

mando D. Ignacio Allende; pero como ya estaba desavenido con el Cura Hidalgo, y además fueran de opinión contraria, en cuanto al modo de atacar á Calleja, pues Hidalgo quería embestir á éste con todas sus fuerzas donde quiera que lo encontrase, y Allende atendiendo, no al número del ejército, sino á la absoluta indisciplina en que estaba, quería evitar el encuentro, y además, la opinión de los demás jefes fuese distinta, porque unos estaban por él y otros por Hidalgo, creyó oportuno hacer una junta de guerra con el objeto de informarse, si fuera posible, y en efecto se celebró, no obstante lo avanzado de la noche. Nosotros poseemos en copia una parte del dictamen que Allende presentó en aquella junta, ó consejo; pero como á pesar de ser antiguo el papel, no es auténtico, no le damos más valor que el que en sí tenga. Lo insertaremos, sí, porque al fin es un documento histórico. Dice así:—Exposición que D. Ignacio de Allende hace á la suprema junta de guerra en la fecha de hoy.—Por los continuos partes recibidos sabemos que el ejército contrario ha pasado por San Juan del Río el tres del actual, de los generales Flon y Calleja. Marchan de diez mil quinientos á once mil hombres de ambas armas, con diez piezas de batir, cuatro obuces y tres morteros. Redoblan sus marchas hacia nosotros, sin duda por las fuertes convulsiones que hoy sufre la capital, y aprovechándose de la seguedad con que caminan sus tropas y antes que corra otra suerte

comprometer acción con los nuestros, cuya tentativa hará correr á torrentes la sangre nacional, sangre que no podemos ver con indiferencia derramarse en ambos campos.

Nos llena de júbilo el constante valor de nuestro ejército. Generalmente se le advierte resolución para atacar; pero cuanto es de numeroso tanto es mayor el blanco que presenta donde el enemigo pueda emplear sus tiros. Nuestra milicia reciente no puede calcular los estragos que naturalmente deben causar las fuerzas regladas, aunque sean en menos número. Todos los tácticos antiguos y modernos reprueban siempre aventurar una acción decisiva dada por tropa del pueblo contra huerzas disciplinadas. Complacer los deseos de nuestros soldados en atacar incautamente, sería un yerro demasiado punible en la táctica, cuya falta de cálculo, que no toca á ellos pulsar, sino á sus jefes, daría lugar á la imperdonable crítica por un choque desigual.

La materia que hoy llama nuestra atención en junta de guerra, es de las más interesantes, y yo deseo sinceramente saber si atacamos al contrario ó aguardamos ser atacados en batalla decisiva.

En cuanto á la primera proposición debo decir que nuestra fuerza, aunque es muy superior en número; pero la mayoría de ella se compone de milicia reciente y los cuerpos disciplinados con que contamos á más de ser pocos, se han desorganizado para sacar oficiales

que requieren los reclutas, para su instrucción, y siendo esta obra de algunos meses, con tal motivo ni unas ni otras considero capaces para resistir el golpe que aguardamos dado por unas tropas cuya disciplina secuela de la ordenanza está cimentada.

En el segundo caso, probablemente sería peor, pues que á la vez de acercarse el enemigo resueltamente á dar acción, ya tiene un antecedente de las ventajas que le pueden asegurar el triunfo; y cuando menos, está en actitud para retirarse honrosamente conforme y cuando le convenga.

Puede decirse que no presentando acción, ¿qué es lo que aventajamos? yo diría desde luego que en primer lugar, no es tiempo de aventurar una acción, cuyo resultado si fuese adverso, nos envolvería en una guerra desastrosa y duradera, cuando se puede hacer con diferencia de pocos meses, economizando sangre y asegurando la victoria de un modo positivo.

Los triunfos y progresos anteriores acreditan el valor de nuestros nacionales, que nadie podrá dudar la intrepidez con que se han presentado á pecho descubierto en varios puntos fortificados, y dígalo particularmente el castillo de Granaditas en Guanajuato, y puerto de Cruces; pero no estoy por abusar del arrojo é intrepidez de los nuestros para derramar sangre inútilmente.

Hostilizar al enemigo por riguroso sitio, atacándole en distintas partidas y seducir á sus soldados por medio de

nuestros muchos agentes, es la táctica más sutil que conviene observar en la presente lucha, y la que podrá equilibrar á las armas y pericia de los contrarios.

Estas reflexiones dimanadas de los más sanos sentimientos que abriga el amor á mi patria, me hacen proponer el plan inserto, que se dirige á levantar el campo de un modo aparente y convertirlo en sitio y combatir al enemigo de un modo extraordinario é incasante para librarnos de un accidente que va á decir no menos que el honor nacional, pues en caso adverso nos rodearíamos de males muy difíciles de restauración, retrocediendo de los triunfos y progresos anteriores.—Orden general de marcha para el ejército de operaciones del 6 al 7 de Noviembre de 1810.—Con dirección al pueblo de San Gerónimo de Aculco marchará la primera Brigada; un mayor de órdenes en turno; un ayudante por cada cuerpo, aposentadores, vivanderos y forrajistas, reservando los mejores alojamientos, cuarteles y mesones para las mayorías, capitanes, cajeros, arcas, archivos, hospital de sangre, parque, prisioneros y demás de cos.....”

Como se ve, desde luego la exposición está discompleta, pero como quiera que sea, ella arroja de sí las consecuencias siguientes: primera, que en concepto de Allende el ejército no debió presentar en Aculco la batalla campal que intentó Hidalgo, y segunda, que atendiendo al éxito que pronto veremos, si tal concepto no era el más

acertado, era por lo menos el más conveniente en las circunstancias." ¿Qué podría hacer Allende, pregunta D. Lorenzo Zavala, al consignar en su ensayo histórico esta batalla; qué podía hacer por más conocimientos que se le supongan, con más de cien mil indios, que ni entendían el idioma, que mucho menos eran capaces de someterse á la disciplina y que tenían que entrar en acción inmediatamente? Además, añade, no había provisiones de guerra ni de boca, ni existía en aquella barahunda orden, armonía, subordinación ni jefes, por último nada existía. "Así lo entendió también D. Ignacio, y por lo mismo expresó aún por escrito su juicio que queda manifestado, y lo sostuvo con calor en la junta que promoviera; pero Hidalgo sostuvo en ella el suyo con igual firmeza y prevaleció al fin, no obstante haber propuesto Allende, como último recurso, el medio de la votación, pues á excepción de Aldama y Jiménez, todos los demás, aun D. Luis Malo, cosa que sintió infinitamente Allende, como se lo dijo después á la señora Doña Mariana Mendizábal (1), madre de D. Luis, estuvieron por Hidalgo. Con arreglo á esto y sin saber aún que Calleja estaba tan cerca, así como éste ignoraba también que estuviere tan inme-

(1) Esta señora recomendable bajo todos aspectos lo era de un modo especial por su raro patriotismo. Luego que tuvo noticia del plan de independencia le ofreció á Allende su valimiento en esta población y todos sus recursos. Permitió gustosa que su hijo el Sr. D. Miguel M. Malo perteneciera á la junta que sobre independencia se

diato aquél, marchó el ejército independiente, y entró á Aculco en la noche del día siete. Era aquello, como ha dicho Zavala, un verdadero desorden, que disgustados los jefes principales nadie dictaba una orden general, y cada cual se acomodó como pudo dentro ó á los alrededores del pueblo, en el que por ser muy corto, pronto acabaron los víveres y toda clase de recursos. Sin embargo, los caudillos todos, esto es Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo, Malo, Jiménez, Ocon, etc., se alojaron en una propia casa. En la madrugada del día siguiente se le avisó á Allende y á Hidalgo que los realistas se acercaban, lo cual era cierto, y ambos pusieron en movimiento el ejército, de modo que á las seis de la mañana ya ocupaba la posición más conveniente. Allende no debía, según los antecedentes que quedan explicados, haber dictado providencia alguna; pero como lo hemos repetido, él tenía una alma noble, elevada, había comprendido suficientemente su misión, si bien siempre desconfiando de sus propias fuerzas y en los lances críticos, como lo era el presente, se olvidaba de miserables rencillas, ahogaba, digámoslo así, su amor propio, y fijo en la substancia de sus pensamientos, no había peligro ni

formara en esta ciudad antes del 16 de Setiembre y que otro de sus hijos D. Luis tomara las armas en la insurrección. Al saber que D. Luis fué fusilado con los demás caudillos en Chihuahua, dijo que con toda su alma daba gracias al cielo por que le había concedido un hijo cuya sangre debía vertirse por la libertad é independencia de su patria.

Allende.—11

sacrificio al que no se avalanzara resuelto. El vió enfrente de su persona una división vestida, armada y bien colocada, notó sus ordenados movimientos, descubrió, en fin, el genio de Calleja que ya de antemano le era conocido, y después contemplando en aquella muchedumbre que lo seguía, casi sin jefes, é infirió que sin grandes esfuerzos sería imposible obtener la victoria. Se resolvió, pues, y destacándose á galope del punto en que se hallaba parado, dió sus órdenes para que el ejército, un poco arriba del pueblo que quedaba en la parte inferior hacia el oriente, se pusiese en línea de batalla; no sabemos á quién se le encomendó el ala derecha, ni la izquierda, y si, que la artillería fué situada parte en un extremo de aquella línea, parte en otro, y parte en el centro, con la prevención terminante de que no se disparase ninguna pieza hasta en tanto no se acercase el enemigo, por haberse persuadido Allende de que si algo podía hacerse de provecho, no podía ser sino con la arma blanca y principalmente con la caballería, no obstante ser el terreno un poco alto, triangular y cortado por pequeñas barrancas y arroyos. "Calleja, dice D. Lucas Alamán, dispuso el ataque en tres columnas de infantería, formadas por los dos batallones de granaderos, de la columna y el regimiento de la corona con dos piezas de artillería cada una. los dos costados los formaban dos fuertes secciones de caballería, con dos cañones ligeros la de la derecha, dejando una reserva y un cuerpo de in-

fantería ligera para emplearlo según la ocasión lo demandase." Ahora bien, los insurgentes, según las órdenes recibidas, á pesar de aquel aparato y de que la intención del enemigo era evidentemente de envolverlos, no debían haber iniciado el combate, pero mucho antes de tiempo fué disparado uno de los cañones del centro y forzosamente comenzó, si bien con el más desgraciado éxito que pueda imaginarse para los insurgentes, pues éstos apenas vieron moverse los batallones realistas, cuyas armas brillaban con los rayos del sol naciente, haciendo esto más visible su posición hostil, y oyeron el estallido de los primeros cañonazos, empezaron á desbandarse en grandes trozos y de este modo quedó enteramente el plan que á la vista del enemigo había improvisado Allende. En circunstancias semejantes ¿qué remedio? En vano Aldama, Malo, Jiménez, Ocon y otros oficiales valientes y pundonorosos intentaron contener á los prófugos; en vano Allende, airado aquella vez como no se le había visto nunca quizá, corría á caballo y con la espada en la mano volviendo á algunos á sus puntos, porque mientras les hablaba á otros, aquéllos desaparecían; en fin, la muchedumbre que momentos antes cubría la loma y se alargaba hasta casi las goteras del pueblo de Aculco, huyó despavorida, y Calleja, sin combatir, obtuvo una victoria decisiva. El citado Alamán dice que los generales fueron los primeros en huir; pero si ésto es cierto respecto de algunos, no lo es de to-

dos, pues Allende, como acabamos de decirlo, y otros en su compañía hicieron cuanto humanamente estaba en su arbitrio, para entrar en acción, aun á pesar de su justa desconfianza. El hecho, tal como lo hemos referido esta apoyado en el testimonio de varias personas que lo presenciaron, siendo de ellas los señores Malos, D. Manuel y D. Francisco, que dejamos citados, y además, viven aún en muchas partes otros individuos que también lo presenciaron, y estamos seguros de que han de confirmarlo; mas al gusto del señor D. Lucas, Allende y sus amigos habrían únicamente hecho bien, aguardándose solos en el campo para que los hicieran prisioneros y sobre la marcha los fusilaran. Aquí, como siempre se ve que el autor no perdía ocasión para desacreditar y ridiculizar hasta el extremo, á los primeros y más distinguidos jefes de la independencia. Servía de consuelo á los amigos de ésta y admiradores de aquéllos, que la parcialidad de Alamán es patente y su inexactitud en varios pasajes de su historia incontestable. En esta propia acción de Aculco tenemos de ella una prueba. El dice: "Rompiéron éstos (los insurgentes), los fuegos de su artillería, aunque por lo alto de la puntería "sin causar daño en los realistas, sobre cuyas cabezas pasaban las balas." Hizo entonces Calleja disparar la suya y mover al mismo tiempo la caballería de su izquierda, amenazando rodear la retaguardia enemiga. Esto decidió la batalla: los insurgentes se pusieron en precipitada fuga

"al primer cañonazo," siendo los generales los primeros en huir.... La pérdida del ejército real se redujo (¡que gloria!) á un dragón de San Luis "muerto," y un granadero de la segunda compañía de Toluca "herido," llamado Mariano Islas, el que habiendo recibido "al principio de la acción" un golpe de metralla en la frente, no quiso retirarse...." pues si las balas de los insurgentes no hacían daño á los realistas, porque pasaban sobre sus cabezas, ¿cuáles mataron é hirieron al sargento de San Luis y á Mariano Islas? si ocurrieron estas desgracias al principiarse la acción, cómo huyeron al primer cañonazo? Nosotros vemos bien que estas pequeñas contradicciones de "no hubo nada" y "hubo algo," son insignificantes, pues en verdad no alteran la sustancia del hecho, pero todos verán igualmente que por más que se diga, no cuadran bien en un historiador que se precia de exacto. La derecha de las tropas independientes no puede negarse que fué grande, absoluta, y que así como cimentó la reputación militar de Calleja, desacreditó también los conocimientos de Allende, aunque ambos en los personal estuvieron muy lejos en esta vez de sujetarse á una rigurosa prueba.

En el parte que dió Calleja al virrey de esta singular acción, hace subir el número de los muertos por parte de los insurgentes, á diez mil; pero como la mentira es del tamaño del guarismo, y además, sea tan manifiesta, los historiadores se han desentendido de dicho parte, y conforme a

que dió al propio Calleja un tal Manuel Perfecto Chávez, justicia de Aculco, asientan que no fueron más de ochenta y cinco, y heridos cincuenta y tres, y esto en el alcance. Nosotros, con arreglo á lo que hemos oído decir á varias personas que presenciaron la derrota, creemos que fueron mucho menos los muertos y heridos, porque según esas mismas personas, no hubo alcance, porque extrañando Calleja, como era muy natural, que un ejército tan numeroso como aquél se dispersara y pusiera en fuga sin combatir, sospechó que esto fuese una retirada falsa ú otro ardid cualquiera, para desconcertar su ejército, y lo prohibió. En cuanto al botín podemos decir que fué muy grande, pues según el parte de Calleja, al que se refieren Bustamante y Alamán, consistió en los dos cañones que Trujillo dejó abandonados en el monte de las cruces, con un carro de municiones, que también dejó, en ocho cañones de á cuatro, uno de á ocho que se quedó en el campo de batalla por estar embalado, y otro de regular calibre que se desbarrancó; en ciento veinte cajones de pólvora, cuarenta cartuchos de bala y metralla, tres cajones de municiones, cincuenta balas de fierro tomadas también en las Cruces, diez racimos de metralla, dos banderas del regimiento de Celava, una del de Valladolid, cuatro peculieres de los insurgentes y diez cajas de guerra: en un carro de víveres, mil doscientas cincuenta reses, mil seiscientos carneros, doscientos caballos y mulas, porción de fusiles, equipajes, ro-

pa, papeles y diez y seis coches de los generales. En esta ocasión fueron puestos en libertad los señores García Conde, Merino y conde casa Rul; mas no como dice D. Lucas Alamán, á consecuencia de la victoria, sino un poco antes de la batalla, por sólo efecto de la generosidad de Allende (que sin duda previos los resultados de ésta) con sólo la condición, bajo de juramento, de que no tomarían las armas en contra de los independientes, lo que aunque prometieron no cumplieron. Los tres se unieron al ejército de Calleja y después cada cual hizo la guerra con encarnizamiento á las tropas de la nación.

Después de la derrota y con la poca gente que pudieron reunir, se dirigieron: Allende para Guanajuato é Hidalgo para Valladolid. Nos ocuparemos, pues, del primero, y muy someramente del segundo, por convenir así al título de estas bien reducidas páginas.

Allende, en la confianza siempre de que su causa era buena y de que por lo mismo más tarde ó temprano habia de triunfar, en lo que no se equivocaba, pues en menos de dos meses habia cundido con violencia el fuego de la revolución por las provincias de Nueva Galicia, Zacatecas, San Luis Potosí, y las internas de Oriente movidas por sus agentes y diversos jefes que levantaron el propio estandarte y desentendiéndose también de la crítica situación á que lo redujera el desastre de Aculco, se dirigió, como acabamos de decirlo, á la ciudad de Guana-

juato, dándole á ésta la preferencia sobre cualquiera otra, no sólo por los recursos que debía proporcionarle y el patriotismo que le había manifestado, sino también, como él propio lo escribía á D. Felipe González, por el afecto que naturalmente le profesaba como hijo de su provincia. Lo acompañaban los dos Aldamas, D. Juan y D. Ignacio, que se le reunió en Aculco, D. Luis Malo, D. Mariano Jiménez, algunos otros de los jefes principales, y gente de tropa, que á su retirada de dicho punto y por el camino lo siguieron. Su entrada á la ciudad fué la tarde del trece de Noviembre, y aunque en ella ya se sabía la derrota que acababa de sufrir, salió á recibirlo el Ayuntamiento, y con él todas las autoridades, ofreciéndole los recursos que estaban en sus manos el proporcionarle. Al día siguiente, entendido de que Calleja lo había de perseguir con prontitud, salió á los alrededores con el fin de fortificarse del mejor modo posible; pero quedó muy poco satisfecho ya por la poca tropa con que contaba, y por la escasez de armas, pues según la carta que escribía al mismo D. Felipe González, no contaba más que con "once fusiles." Esta circunstancia y la convicción de que le era del todo imposible conseguirlos con la brevedad que el caso demandaba, así como también de construirlos, lo obligaron á pensar en la artillería, y en su consecuencia mandó fabricar varias piezas, de las que resultaron útiles veintidós. Estas fueron colocadas en los puntos que juzgó más á propósito. v. además, pre-

paró varios fogatas ó barrenos en la cañada de Marfil, la entrada principal, para que fuesen disparadas sobre el ejército contrario, si como era de esperarse, hacía su entrada por allí.

En el entretanto y siempre persuadido de la verdad del consejo que se le había dado en esta ciudad, de que para acreditar la revolución era muy oportuno asociar en ella á los eclesiásticos, mandó citar al clero y religiones para las consistoriales, cuya reunión presidió el Lic. Aldama, y por su orden les previno este jefe, predicaran al pueblo exhortándolo á tomar las armas en favor de la causa nacional, lo que efectivamente se hizo con más ó menos empeño, según las ideas que cada cual se había podido formar de la insurrección; y asimismo, según Don Lucas Alamán, el que se hiciese una solemne función el domingo 18 de Noviembre, octava de la festividad del patrocinio de Nuestra Señora, sacando en procesión al Santísimo Sacramento, como en el día de Corpus, con la Imagen de la Virgen y para llamar la atención del pueblo, que Aldama, Arias, Jiménez y Abasolo, cargaron las andas en que se le había colocado, y él mismo llevar la cauda del manto con que estaba vestida. Pero á pesar de estas disposiciones y su buen éxito, y de la activa cooperación de sus fieles amigos y compañeros, Aldama y Jiménez, como también de Chovel, de quien hemos hecho mención particular. Allende, que había visto ya el ejército de Calleja, esto es, un ejército numeroso, armado y disciplinado, no se con-

sideró fuerte con los elementos de que únicamente podía disponer y en tal virtud, mandó correos extraordinarios con pliegos á varios de los generales de los demás insurgentes, para que á la mayor violencia que posible les fuera, se le reunieran en Guanajuato, donde indudablemente y dentro de poco tiempo debía atacarlo el enemigo. Uno de los jefes, á quien se dirigió de preferencia, fué á Hidalgo, que, como hemos visto, se había retirado á Valladolid, mas parece que su contestación fué que estimaba por más conveniente marchar con sus tropas á Guadalajara, y que por lo mismo no podía auxiliarlo, cosa que disgustó á Allende con tanta más razón, cuanto que de este modo, se desconcertaban enteramente sus planes, y se le aseguraba á Calleja el triunfo. Así se lo manifestó en la carta que sigue y que íntegra copiamos de la historia de D. Lucas Alamán, único autor que se ha encargado de ella.—“Señor Generalísimo D. Miguel Hidalgo y Costilla, Cuartel General de Guanajuato. Noviembre 19 de 1810.—Queridísimo amigo y compañero mío. Recibí la apreciable de usted de 15 del corriente y en vista digo que nada sería más perjudicial á la nación y al logro de nuestras empresas, que el que usted se retire con sus tropas á Guadalajara, porque eso sería tratar de la seguridad propia y no de la común felicidad, y así lo había de creer y censurar todo el mundo. El ejército de operaciones al mando de Calleja y Flon entra por nuestros pueblos conquistados como por su casa, y lo peor.

que lo seducen con promesas lisonjeras, de suerte que hasta con repiques lo recibieron en Celaya, y tienen razón porque se les ha dejado indefensos. Todo esto va induciendo en los pueblos un desaliento universal, que dentro de breve tiempo puede convertirse en odio de nosotros y de nuestro gobierno y tal vez estimularlo á una vileza, de maquinar por conseguir su seguridad propia. No debemos, pues, desentendernos de estas plazas tan importantes, ni de la destrucción de dicho ejército, que por todas partes esparce con harto dolor sino la idea de que somos cobardes, y hasta los mismos abandonada esta preciosa ciudad, la dios lo han censurado. De otro modo, más interesante del reino, ó si somos derrotados en ella por el enemigo, ¿qué será de Valladolid, de Zacatecas, Potosí y de los pueblos cortos? y ¿qué será del mismo Guadalajara, para donde se dirigirá el enemigo, cada vez más triunfante y glorioso con sus reconquistas? Me parece infalible la total pérdida de lo reconquistado y la de toda la empresa, con el agregado de nuestras propias vidas y seguridad, pues ni en la más infeliz ranchería la hallaríamos, viéndonos cobardes y fugitivos, sino que ellos mismos serían nuestros verdugos.

El mismo Huidrobo y en su ejército pedían en vista de que Guadalajara nos esperaba de paz, que pasase yo en persona para mayor solemnidad y mejor arreglo de las cosas; pero como no trataba yo de asegurarme sino de la defensa de esta ciudad (Guanajuato),

de tanto mérito por su entusiasmo, por los muchos intereses que tenemos en ella, por la casa de moneda que tanto importa y por tantos mil títulos no quise hacerlo, sino permanecer aquí y prevenir á usted, como lo he hecho, y á las divisiones de Iriarte y Huidrobo, se acerquen con cuanta fuerza puedan para atacar al enemigo por todas partes, destruirlo y dirigirnos al paso á Querétaro y México, ó cuando menos conseguir la seguridad de lo conquistado y hacer fuertes en sus fronteras para cortar á México víveres y comunicaciones. El Lic. Avendaño acompañó á Huidrobo á Guadalajara para el arreglo del gobierno y lo demás, y también lo acompañase Balleza, á las órdenes de Huidrobo, previniendo á éste en presencia del mismo Balleza, que no se le obedeciese por ser tan manifiesta su debilidad, y que sólo pensaba en la seguridad personal. No fué necesario que llegasen á Guadalajara, ni para su toma ni para el arreglo del gobierno en todas sus partes, porque el famoso capitán Torres y los mismos patriotas buenos y vecinos de Guadalajara, lo han puesto todo en el mejor orden que se puede desear, según los partes que recibí ayer, y así cualquiera otra cosa, lejos de fomentar el orden, lo destruiría é introduciría el desorden, que tantos estragos nos han ocasionado. En esta virtud y en justicia y por amor propio, no puede ni debe usted ni nosotros pensar en otra cosa, que en esta preciosa ciudad, que debe ser la capital del mundo, y así, sin pérdida de momentos,

ponerse en marcha con cuantas tropas y cañones haya juntado para volver á ocupar el Valle de Santiago y los pueblos ocupados por el enemigo hasta esta frontera, y atacarlo con valor por la retaguardia, dándonos aviso oportuno de su situación, para hacer nuestra salida, y que cercado por todas partes, quede destruído y aniquilado, y nosotros con un completo triunfo.—Está firmado.—Ignacio de Allende.—Y en postdata añadió.—Es llegado el tiempo de hablar con la libertad que pide nuestro comprometimiento. Yo no soy capaz de apartarme del fin de nuestra conquista; mas si empezamos á tratar de las seguridades personales, tomaré el separado partido que me convenga, lo que será imposible practicar siempre que usted se preste con vigor en nuestra empresa, y usted y no otro, debe ser el que comande esas tropas. Guadalajara, aun cuando le faltase algún arreglo, después se remediaría, y Guanajuato acaso sería imposible volverlo hacer nuestro adicto.—Vale.”—Quizá esta carta, por la exquisita delicadeza, por las justas reflexiones y por el buen sentido en que abunda, habría despertado en Hidalgo los sentimientos que necesitaba Allende, y por esto haber caminado ambos de acuerdo en lo sucesivo; pero teniendo presente Allende la obstinación de Hidalgo en sus propósitos, y deseoso de emplear para el logro de sus fines, medios más eficaces, cual era el de la amenaza, le escribió otra al día siguiente; que también copiamos del propio autor. Dice así: “Guanajuato

20 de Diciembre de 1810.—Mi apreciable compañero. Usted se ha desentendido de todo nuestro comprometimiento, y lo que es más, que trata usted de declararme cándido, incluyendo en ello el más alto desprecio hacia mi amistad. Desde Salvatierra contesté á usted, diciendo que mi parecer era el de que fuese usted á Valladolid y yo á Guanajuato, para que levantando tropas y cañones, pudiésemos auxiliarnos mutuamente, según que se presentase el enemigo: puse á usted tres oficios con distintos mozos, pidiendo que en vista de él, dirigiese á ésta el ejército de Celaya, fuese usted poniendo en camino la tropa y artillería que tuviese; que á Iriarte le comunicara lo mismo, para que á tres fuegos desbaratásemos la única espina que nos molesta; ¿qué resultó de todo esto? que tomase usted el partido de desentenderse de mis oficios y sólo tratase de su seguridad personal, dejando tantas familias comprometidas ahora que podemos hacerlas felices; no hallo cómo en un corazón humano en quien quepa tanto egoísmo; mas lo veo en usted y veo que pasa á otro extremo: ya leo su corazón y hallo la resolución de hacerse de Guadalajara, de caudal y á pretexto de tomar el puerto de San Blas, hacerse de un barco y dejarnos sumergidos en el desorden causado por usted, y ¿qué motivo ha dado Allende para no merecer estas confianzas?—No puedo menos que agriarme demasiado, cuando me dice usted que el dar orden en Guadalajara lo violenta; ¿de cuándo acá usted así? Tenga pre-

sente lo que en todos los países conquistados me ha respondido usted cuando yo decía: "es necesario un día más para dar alguno orden."—Que usted no tuviera noticia (como dice) del enemigo ni de Querétaro, es una quimera, cuando de Acámbaro, de Salvatierra y Valle de Santiago, desde la semana pasada, me están dando partes, y lo que es más, con los dos primeros oficios que mandé á usted, acompañé dos cartas, y ellas llegaron á Valladolid y se me contestaron; pero á usted no llegan mis letras, según que se desentiende en su carta.

Espero que usted á la mayor brevedad me ponga en marcha las tropas y cañones, ó la declaración verdadera de su corazón, en inteligencia que si es como sospecho, ei que usted trata de su seguridad y burlarse hasta de mi, juro á usted por quien soy, que me separaré de todo, mas no de la justa venganza personal.—Por el contrario, vuelvo á jurar que si usted procede conforme á nuestros deberes, seré inseparable y siempre consecuente amigo de usted.—Ignacio de Allende.—Ni una ni otra carta fué contestada y esta circunstancia hizo entender a Allende que no debía esperar auxilio del cura Hidalgo, el cual permaneció en Valladolid, y en seguida y conforme á lo que se había propuesto, se dirigió á Guadalajara. Aguardaba aún el de los otros jefes, á quienes como á Hidalgo, se había dirigido, pero de ninguno de ellos lo recibió tampoco, pues aunque D. Rafael Iriarte escribió desde Zacatecas al lego F. Luis Herrera,